

LA PERSUASIÓN DEL SENTIMIENTO Y EL AMOR CONTRA
LA RAZÓN. LA CRÍTICA KIERKEGAARDIANA
DE LA FILOSOFÍA DE JEAN PAUL¹
<http://doi.org/10.54354/ESQU5392>

Jon Stewart

Institute of Philosophy, Slovak Academy of Sciences, Slovakia

Resumen

En este trabajo exploraré la cuestión de la diferencia entre la argumentación filosófica y la emoción en Jean Paul, ya que creo que comparte con Kierkegaard una visión crítica de la primera. También, al igual que Kierkegaard, Jean Paul quiere subrayar la importancia subestimada y a menudo descuidada del amor en la cosmovisión moderna.

Palabras clave: Jean Paul, argumentación filosófica, emoción, amor.

Abstract

In this paper I will explore the question of the difference between philosophical argumentation and emotion in Jean Paul, since I believe that he shares with Kierkegaard a critical view of the former. Also, like Kierkegaard, Jean Paul wants to underline the underestimated and often neglected importance of love in the modern worldview.

Keywords: Jean Paul, philosophical argumentation, emotion, love.

El escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), conocido sobre todo por su seudónimo Jean Paul, suele ser considerado el escritor literario por excelencia, pero también era un profundo conocedor de la filosofía y de los rápidos avances de las ciencias de su época. Una parte de su genio es el intento de aunar los resultados de la revolución científica de la Ilustración con una perspectiva humanista más tradicional. Al igual que Kierkegaard, estaba atento a la diferencia entre la argumentación filosófica y la emoción. No es de extrañar, pues, que Jean Paul fuera un autor al que Kierkegaard leyera y admirara².

¹ This work was supported by the Agency APVV under the project “Philosophical Anthropology in the Context of Current Crises of Symbolic Structures,” APVV-20-0137.

² Cfr. Markus Kleinert, “Jean Paul: Apparent and Hidden Relations between Kierkegaard and Jean Paul,” en *Kierkegaard and His German Contemporaries*, Tome III,

En su novela *El valle de Campan*, de 1797³, Jean Paul relata un amor que, como el de Kierkegaard y Regine Olsen, no estaba destinado a ser. Este amor entre los personajes Karlson y Gione desempeña el papel central de la obra, que se ocupa de la doctrina de la inmortalidad humana. En este trabajo exploraré la cuestión de la diferencia entre la argumentación filosófica y la emoción en Jean Paul, ya que creo que comparte con Kierkegaard una visión crítica de la primera. También, al igual que Kierkegaard, Jean Paul quiere subrayar la importancia subestimada y a menudo descuidada del amor en la cosmovisión moderna.

I. *El comienzo de El Valle de Campan*

Con el desarrollo de las ciencias en la Ilustración, la doctrina de la inmortalidad humana fue puesta en duda. *El Valle de Campan* puede verse como una respuesta a esto. El objetivo filosófico de Jean Paul es refutar a los escépticos y restablecer la inmortalidad del alma. Esta novela, que lleva como subtítulo *Discursos sobre la inmortalidad del alma*, contiene elementos de un diálogo en el espíritu de los *Tres diálogos entre Hylas y Philonous* de Berkeley (1713) y los *Diálogos sobre la religión natural* de Hume (1779). Aunque se le conoce sobre todo como literato, Jean Paul también era muy versado en filosofía. Con su *Clavis Fichtiana* (de 1800)⁴, planteó una polémica con Fichte y, en muchas de sus obras, menciona a pensadores como Kant y Leibniz. A pesar del subtítulo de *El valle de Campan*, la importancia filosófica de este texto no ha sido apreciada por la filosofía. En el prefacio o "Vorbericht", Jean Paul explica que la filosofía crítica de Kant ha ofrecido un argumento a favor de la creencia en Dios y la inmortalidad, pero no todo el mundo es capaz de entenderlo o apreciarlo dado que aparece en el contexto de un complejo sistema filosófico⁵. La idea es que la novela de Jean

Literature and Aesthetics, ed. de Jon Stewart, Aldershot: Ashgate 2008 (*Kierkegaard Research: Sources, Reception and Resources*, vol. 6), pp. 155-170.

³ Jean Paul, *Das Kampaner Thal oder über die Unsterblichkeit der Seele; nebst einer Erklärung der Holzschnitte unter den 10 Geboten des Katechismus*, Erfurt: bei Wilhelm Hennings 1797. (Traducción al inglés: *The Kampaner Thal and Other Writings*, Boston: Ticknor and Fields 1864.)

⁴ Jean Paul, *Clavis Fichtiana seu Leibgeberiana*, Erfurt: in der Henningssschen Buchhandlung 1800, See Wolfgang Harich, *Jean Pauls Kritik des philosophischen Egoismus: Belegt durch Texte und Briefstellen Jean Pauls im Anhang*, Frankfurt am Main: Suhrkamp 1968.

⁵ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, p. II. (N.b. el "Vorbericht" no está traducido en la traducción inglesa.)

Paul puede ofrecer un tipo de prueba que será considerablemente más accesible para el lector que el argumento de Kant. En resumen, Jean Paul propone una forma alternativa de argumentación y persuasión filosófica en forma de relato.

El argumento de la novela de Jean Paul es bastante sencillo: un pequeño grupo de amigos realiza una excursión por el Valle de Campan, en los Pirineos, y discuten sobre la cuestión de la inmortalidad mientras avanzan. El narrador en primera persona, del que más tarde sabremos que es el propio Jean Paul, escribe regularmente a su amigo Victor sobre el viaje. La novela pretende ser una recopilación de estas noticias. Se dice que los acontecimientos tienen lugar en 1796, es decir, un año antes de la publicación de la obra. El texto está dividido en capítulos llamados “estaciones” que el autor utiliza para dar cuenta de cada segmento del viaje.

El puñado de personajes tiene cada uno una opinión sobre el tema de la inmortalidad. El amigo del narrador, Karlson, tiene formación en química y es presumiblemente un científico natural. Representa la posición del naturalismo y no cree en la inmortalidad del alma. Esta es la posición que todos los demás intentan refutar de una manera u otra. También hay un capellán, que es kantiano y, por tanto, cree tanto en Dios como en la inmortalidad. Esto es significativo, ya que en aquella época Kant representaba quizás el intento erudito más importante de rescatar la doctrina de la inmortalidad. Teniendo en cuenta esto, uno podría pensar que Jean Paul simpatizaría con el enfoque kantiano, pero no es el caso. El capellán es una figura arrogante y antipática, pedante y ciega ante las bellezas de la naturaleza. Su disposición distante ante estas cuestiones es objeto de críticas. El narrador llama en broma a este hombre desagradable y sin sentido del humor “Phylax”⁶. También están en el grupo el barón Wilhelmi con su prometida Gione, y su hermana Nadine. Estos tres son menos educados filosóficamente. Representan la voz del sentido común. Creen en la inmortalidad, pero no tienen argumentos filosóficos desarrollados para fundamentar sus opiniones. No suelen liderar la discusión, sino que se limitan a intervenir de vez en cuando para apoyar uno u otro argumento a favor de la inmortalidad. Por último, está el narrador Jean Paul⁷. Provoca al capellán y ofrece una serie de argumentos para refutar el naturalismo de Karlson. En una palabra, todos los personajes creen en la inmortalidad, excepto Karlson, que la rechaza basándose en el pensamiento científico. En los debates que tienen lugar durante la

⁶ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, p. 42. (*The Campaner Thal*, p. 22.)

⁷ *Ibid.*, p. 75. (*The Campaner Thal*, p. 37.) *Das Kampaner Thal*, p. 101. (*The Campaner Thal*, p. 49.)

excursión, los distintos personajes exponen numerosos argumentos a favor de la inmortalidad para convencer a Karlson, que los refuta todos uno a uno y con toda tranquilidad hasta la escena crucial final.

Al principio de la obra, Karlson revela su historia. Cuando estaba en Lausana con los demás, preparando la excursión a los Pirineos, se había enamorado en secreto de la ya comprometida Gione, que de repente cayó gravemente enferma. Tras un profundo desmayo, se creyó que ella había muerto, y se le comunicó inmediatamente su aparente fallecimiento. Abruñado por el dolor de la muerte de su amor secreto, Karlson abandonó precipitadamente el grupo y regresó a Rhein Falls, cerca de Schaffhausen (en Suiza). Karlson explica que estaba especialmente apenado porque no cree en la inmortalidad: “Porque creía, como la mayoría de los hombres del mundo entre los que había crecido –quizás, también, demasiado acostumbrado a analizar ideas y opiniones por su estudio favorito, la química— que nuestro último sueño es la aniquilación”⁸. Aquí el narrador da a entender que Karlson fue educado por hombres de la Ilustración, que rechazaban con desdén cualquier visión religiosa del mundo. El narrador explica además que la experiencia sumió a Karlson en un estado de desesperación nihilista: “estuvo mucho tiempo aprisionado en el oscuro y frío nido de serpientes de los dolores envenenados; se enredaron y arrastraron sobre él, incluso hasta su corazón”⁹.

Triste y solo, Karlson escribe un breve texto titulado “Duelo sin esperanza” que envía como condolencia a su amigo Wilhelmi por la pérdida de su prometida. Al principio, el texto de Karlson sólo se menciona, pero hacia el final de la obra aparece una paráfrasis completa del mismo. Cuando Wilhelmi recibe la carta, le contesta inmediatamente y le explica que todo fue un error y que, afortunadamente, Gione sólo había caído inconsciente durante un tiempo, pero que fue reanimada y ahora está viva y bien. Wilhelmi invita entonces a Karlson a reunirse con ellos para recorrer los Pirineos. Así termina la historia de Karlson.

Al escuchar esto, el narrador se alegra de acompañar a Karlson de vuelta para reunirse con sus amigos en el Valle de Campan, donde el grupo está esperando para celebrar las nupcias de Wilhelmi y Gione. Este amable gesto no puede ocultar el elemento algo incómodo de que Karlson, en su carta, haya revelado más o menos su amor por la prometida de Wilhelmi. A pesar de ello, Wilhelmi no se enfada con su amigo, y Gione tampoco se molesta.

⁸ *Ibid.*, p. 15. (*The Campaner Thal*, p. 10.)

⁹ *Ibid.*

Karlson y el narrador parten hacia el valle. Llegan al atardecer y se reúnen con los demás en una gran cueva a la que se refieren como un paraíso y un Elíseo, sugiriendo que han muerto y que ésta era su recompensa, un lugar donde todos eran felices y los viejos amigos se reunían: “parecía que el mundo había cesado, que el Elíseo se había abierto y que las regiones separadas, cubiertas y subterráneas sólo acunaban almas tranquilas, pero felices”¹⁰. Esto tiene sentido porque Gione parecía haber muerto. El encuentro en la cueva está lleno de gestos de gracia por parte de todos, con todos contentos de volver a verse, a pesar de que ahora es sabido por todos que Karlson estaba o está enamorado de la prometida de su amigo. Pero como en el cielo, en esta cueva del paraíso no hay conflictos, envidias ni celos. Todos son felices y el ambiente es armonioso. Se puede decir que esta imagen prefigura el argumento de Jean Paul a favor de la inmortalidad. Al pedir a sus lectores que imaginen una escena del Elíseo en la que los viejos amigos se reúnen con alegría, la idea de la vida en el cielo parece menos descabellada. Al fin y al cabo, en algunos aspectos es similar a las experiencias felices con las que ya estamos familiarizados por nuestra existencia mundana. La sugerencia es que esto podría contar como una especie de prueba empírica de la inmortalidad que los científicos podrían aceptar. La visualización es una herramienta importante que Jean Paul utiliza para hacer su argumento literario a favor de la inmortalidad. En su opinión, esto es más eficaz que las pruebas estériles sobre conceptos abstractos.

El narrador describe el gran sentimiento de felicidad que todos sintieron en ese momento. El poder de la alegría es anterior al de la pena: “Y por eso, destino paternal, esparces las flores de la alegría, como las enfermeras hacen con los lirios en el vivero de la vida, para que los niños que despiertan duerman más tranquilos. Oh, que la filosofía, que envidia nuestros placeres y los borra de los planes de la Providencia, diga con qué derecho entró el dolor torturante en nuestra frágil vida”¹¹. La alegría es lo que ofrecen Dios y la perspectiva de la inmortalidad. Sin embargo, la filosofía mira esto con ojo crítico y no puede aceptarlo, con lo que nos quita el consuelo que da esta visión. Pero la idea es que los humanos merecen esta alegría e incluso tienen derecho a ella. Esto parece ser una crítica a los estoicos o a Kant por su visión negativa del placer. Disfrutar de la vida es humano y, por tanto, ¿por qué deberíamos intentar negarlo o reprimirlo en nombre de principios éticos abstractos?

¹⁰ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, p. 24. (*The Campaner Thal*, p. 14.)

¹¹ *Ibíd.*, p. 28. (*The Campaner Thal*, p. 15.)

II. La refutación de la visión kantiana de la inmortalidad

El grupo emprende su excursión por el valle, que comienza con una discusión principalmente entre el narrador y el capellán kantiano. Dado que Kant era el principal filósofo de la época y que su teoría de la inmortalidad gozaba de seguidores, Jean Paul siente la necesidad de abordarla. El narrador comienza con unas reflexiones críticas sobre Kant por dejar de lado la poesía y la emoción humana. Luego pasa a refutar la teoría de la inmortalidad de Kant. Esto puede parecer extraño, dado que Jean Paul también quiere argumentar en última instancia la misma conclusión. Aunque está de acuerdo con Kant en que los seres humanos son inmortales, considera dudoso el razonamiento de Kant. Jean Paul cree que el enfoque general de Kant sobre la cuestión es erróneo. En lugar de dirigirse al individuo con cuestiones de verdadera preocupación, la filosofía de Kant es un árido ejercicio de lógica y abstracción. En este punto, Jean Paul se anticipa a la crítica de Kierkegaard al razonamiento abstracto y a su llamamiento para que la filosofía se dirija a la experiencia vivida por el individuo.

La discusión es suscitada por Nadine, quien considera juguetonamente la idea de que las flores tienen alma. El materialista Karlson rechaza sobriamente la idea. En este punto, el siempre serio capellán hace una breve exposición de la noción de inmortalidad de Kant con el siguiente argumento:

No se puede hablar de otra inmortalidad que la de los seres morales, y con ellos es un postulado o aprendizaje del sentido práctico. Pues como la plena conformidad de la voluntad humana con la ley moral, de la que nunca puede prescindir el justo Creador, es del todo inalcanzable para un ser finito, un progreso eternamente continuado, es decir, una duración incesante, debe contener y probar esta conformidad a los ojos de Dios, que pasa por alto el curso eterno. Por lo tanto, nuestra inmortalidad es necesaria¹².

La inmortalidad sólo tiene sentido para los seres racionales creados por Dios y no para las flores. Según Kant en la *Crítica de la Razón Práctica*¹³, Dios creó a los seres humanos racionales y los dotó de la facultad de la razón para que pudieran actuar moralmente. El *telos* o el objetivo final es, pues, alcanzar la perfección moral. Como nuestra vida en este mundo es demasiado corta para alcanzarla, se deduce que debemos tener otra vida después de la muerte, en la que continuamos el camino hacia la perfección moral que Dios

¹² *Ibíd.*, pp. 58f. (*The Campaner Thal*, pp. 29f.)

¹³ Immanuel Kant, *Critik der praktischen Vernunft*, Riga: Johann Friedrich Hartknoch 1788, pp. 219-223. (Traducción al inglés: *Critique of Practical Reason*, trad. de Lewis White Beck, Indianapolis: Bobbs-Merrill 1956, pp. 126-128.)

nos exige. La eternidad de la inmortalidad debe existir para que nos acerquemos para siempre a la perfección moral, que es una meta inalcanzable. Aunque Jean Paul se dirige claramente a este argumento de la *Crítica de la Razón Práctica* de Kant, hay que señalar que el punto de vista de Kant cambia en su obra posterior *La religión dentro de los límites de la mera razón*, publicada en 1793, donde el bien supremo es efectivamente alcanzable, pero sólo por medio de la gracia divina¹⁴.

Karlson emite una serie de críticas penetrantes a esta visión kantiana. Se pregunta cómo será exactamente la culminación de la meta de la perfección moral:

¿Cómo puede una rectitud, dispersa y esparcida a lo largo de un período interminable de tiempo, satisfacer a la Justicia Divina, que debe exigir esta rectitud en cada porción del período? ¿Y se ha demostrado la aproximación constante del hombre hacia este estado de pureza? ¿Y no aumentará el número, si no la gravedad de las faltas, en este espacio infinito, con el número de las virtudes? ¿Y qué comparación tendrá la lista de faltas con la de las virtudes en el examen?¹⁵

Con estas preguntas, de repente la teoría de Kant parece complicada hasta el punto de ser inverosímil. No hay pruebas de que la gente mejore moralmente y se acerque a la perfección moral con el tiempo; de hecho, muchos empeoran. En un tiempo infinito, los actos inmorales de uno también aumentarían, al igual que los actos morales. Pero incluso si uno lograra hacer algún progreso, esto no eliminaría la culpa de las infracciones pasadas (o la continua acumulación de las mismas). El cambio en el marco temporal no alteraría la disposición mental del individuo, que, para Kant, es el lugar de la moralidad, concretamente en la buena voluntad. Lo que se requiere es un cambio en la forma de pensar del individuo. Pero para ello no se requiere una infinidad de tiempo ni se garantiza. Karlson también se pregunta críticamente sobre cómo podrían ser las comparaciones morales de las personas desde este punto de vista:

La pureza moral de dos seres diferentes —por ejemplo, de un serafín y de un hombre, o de dos hombres diferentes, como Robespierre y Sócrates—

¹⁴ Immanuel Kant, *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft*, zweyter vermehrte Auflage, Königsberg: Friedrich Nicolovius 1794, pp. 84-105. (Traducción al inglés: *Religion within the Boundaries of Mere Reason in Religion and Rational Theology*, trad. de Allen W. Wood y George di Giovanni, Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press 1996, pp. 108-117.)

¹⁵ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, pp. 59f. (*The Campaner Thal*, p. 30.)

¿estará, a la vista del ojo divino, igualmente contenida en dos cursos de tiempo igualmente largos, es decir, eternos? Si al comparar los dos, aparece una diferencia, entonces uno de ellos no puede haber alcanzado la llamada perfección, y debe seguir siendo mortal¹⁶.

El punto de vista de Kant parece hacer imposible la comparación moral de las personas. *La Crítica de la Razón Práctica* de Kant parece confundir la imperfección moral con ser mortal, mientras que asocia la inmortalidad con la perfección moral. Pero Kant tiene entonces problemas para dar cuenta de las diferencias morales entre las distintas personas. Se limita a sugerir que todos progresan esencialmente igual hacia el bien. Este punto de vista nivela a todos los seres humanos, ya que todos se esfuerzan por alcanzar la perfección por la eternidad, lo que implica que todos pasarán en algún momento por las mismas etapas de perfección creciente, incluso si pueden haber empezado desde una posición bastante baja o bastante alta. Pero esto es muy contradictorio, ya que queremos hacer distinciones morales entre personajes tan diferentes como Robespierre y Sócrates.

El capellán se apresura a recordar a Karlson que Kant no quiere decir esto como un argumento que demuestre la verdad de la inmortalidad. Por el contrario, Kant cree que no se puede demostrar, sino que debe presuponerse como un postulado de la razón práctica, que se exige para que la ética tenga sentido. Karlson también se opone a esta idea: “Es un axioma extraño presuponer la verdad de una opinión a partir de su indemostrabilidad”¹⁷. Así, el capítulo termina con el materialismo de Karlson habiendo refutado claramente la concepción kantiana de la inmortalidad basada en la ética.

La discusión entre el capellán y Karlson continúa en el siguiente capítulo, la Estación 505. El capellán pide permiso para presentar algunos argumentos a favor de la inmortalidad y Wilhelmi acepta. Apoya la idea de dar pruebas eruditas de tales cosas, y añade: “Se dice que el búho de Minerva, como todos los demás búhos, presagia la destrucción de un hogar al posarse en su techo. Pero espero que no sea así”¹⁸. El Búho de Minerva representa, por supuesto, el conocimiento científico. Wilhelmi recuerda que algunos creen que este tipo de conocimiento es destructivo (como lo fue para el iniciado en el templo de Sais en el poema de Schiller “La estatua velada de Sais”)¹⁹. Por ello, Wilhelmi está a favor de permitir que la ciencia intente

¹⁶ *Ibíd.*, p. 60. (*The Campaner Thal*, p. 30.)

¹⁷ *Ibíd.*, p. 61. (*The Campaner Thal*, p. 31.)

¹⁸ *Ibíd.*, p. 69. (*The Campaner Thal*, p. 35.)

¹⁹ Friedrich Schiller, “Das verschleierte Bild zu Sais,” *Die Horen*, vol. 1, num. 9, Tübingen: J.G. Cotta, 1795, pp. 94-98. (Traducción al inglés: “The Veiled Statue at Sais,” en

demostrar la existencia de la inmortalidad, con la esperanza de que no le salga el tiro por la culata y deje a todos desesperados. El narrador subraya que el destino de todos está ligado a la cuestión de la inmortalidad, por lo que todos tienen un profundo interés personal en que dicha prueba tenga éxito.

El escéptico Karlson atrapa una mosca diurna que cambia de forma a lo largo de su desarrollo, para morir después de un solo día. Karlson parece querer establecer una analogía con los deseos humanos de inmortalidad. Argumenta desde la perspectiva de la mosca diurna:

En mi opinión, una efeméride filosófica argumentaría así. ¿Qué? ¿Debería haber realizado inútilmente todos mis diversos cambios, y el Creador no tuvo otra intención al llamarme del huevo a la larva, luego a una crisálida, y por fin a un ser volador, cuyas alas deben reventar otra cubierta antes de la muerte, con esta larga gama de desarrollos espirituales y corporales, no debe haber tenido otro objetivo que una existencia de seis horas, y la tumba debe ser la única meta de tan largo recorrido?²⁰

Desde la perspectiva de la mosca, todo este esfuerzo parecería absurdo si, de todos modos, todo termina en la muerte después de una corta vida. La implicación parece ser que ésta es también la perspectiva humana, sólo que a menor escala. Aunque los seres humanos viven más tiempo que las moscas, les resulta difícil creer que todos sus esfuerzos y empeños no sirven para nada y que sólo terminan en la destrucción.

El narrador aventura una respuesta. El ejemplo de la mosca diurna plantea la cuestión de la escala. Por supuesto, desde la perspectiva humana, una mosca diurna parece completamente pequeña e insignificante. Pero no es el caso de la propia mosca diurna, ya que su vida es todo lo que conoce. *En La Esencia del Cristianismo*, Feuerbach hace la misma observación sobre cómo la visión del mundo de cada criatura está limitada a su propio horizonte de experiencia. Afirma que a la mosca diurna le parece normal su corta vida, ya que es lo único que conoce²¹. Así, cada cosa tiene su propio lugar relativo específico en el gran esquema de las cosas. Hay una gran escalera o cadena del ser en la que los miembros individuales están separados sólo por grados. Cuando hablamos de significado, siempre es algo relativo

The Poems of Schiller, trad. de Edgar A. Bowring, Nueva York: Hurst & Co. Publishers 1884, pp. 182-184.)

²⁰ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, pp. 70f. (*The Campaner Thal*, pp. 35f.)

²¹ Ludwig Feuerbach, *Das Wesen des Christenthums*, Zweite vermehrte Auflage, Leipzig: Otto Wigand 1843, p. 11. (Traducción al inglés: *The Essence of Christianity*, trad. de Marian Evans, Nueva York: Calvin Blanchard 1855, p. 27.)

que está determinado por el lugar de la entidad en el gran esquema de las cosas. Desde la perspectiva humana, parecería que el mundo humano está investido de una gran importancia con respecto a la mosca del día. Pero esto olvida que existe una perspectiva mucho más elevada y grandiosa que trasciende lo humano, a saber, la perspectiva de macrocosmos de los planetas, los sistemas solares y las galaxias. Desde este punto de vista, el mundo humano parece tan diminuto e insignificante como el mundo de la mosca diurna desde la perspectiva humana. El argumento es que todo parece relativo, pero, sin embargo, cada uno tiene su propio significado y relevancia desde la posición de un observador divino que puede verlo todo: “toda conclusión relativa debe basarse en algo positivo, que sólo los ojos eternos, que pueden medir toda la gama de innumerables grados, pueden sopesar realmente”²². Paradójicamente, la norma relativa presupone una norma absoluta. Por tanto, hasta la mosca del día tiene su importancia, aunque pueda parecer insignificante desde la perspectiva humana. Aunque pueda parecer muy pequeña, no es nada. Obsérvese que los ejemplos aquí expuestos proceden de las ciencias naturales. Es específicamente desde el lado de la observación científica que la idea de la inmortalidad y del significado parece imposible. Estas ideas no tienen sentido cuando se trata de moscas diurnas y planetas. ¿Por qué entonces tendrían sentido para los seres humanos que se encuentran en algún estadio intermedio de la cadena del ser? El narrador, Jean Paul, llega a la conclusión de que el universo debe representar un sistema en continuo desarrollo y no algo que se crea de una vez por todas. Este sistema es armonioso, y todo tiene su lugar y su papel en el gran esquema²³.

III. *Los dos argumentos de Karlson contra la inmortalidad*

Los argumentos relativos a la inmortalidad continúan en el siguiente capítulo, la estación 506. Ahora el enfoque es una refutación de las objeciones a la inmortalidad que provienen de la visión científica del mundo. El narrador pide al escéptico y científicamente instruido Karlson que explique sus objeciones. Para iniciar la discusión, le proporciona a Karlson dos indicaciones de argumentos muy escuchados contra la inmortalidad que le pide que elabore. El primer argumento que sugiere el narrador es “la decadencia y destrucción simultánea del cuerpo y del alma”²⁴. Karlson acepta el reto y

²² Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, p. 72. (*The Campaner Thal*, p. 36.)

²³ *Ibíd.*, p. 75. (*The Campaner Thal*, p. 37.)

²⁴ *Ibíd.*, p. 84. (*The Campaner Thal*, p. 41.)

da argumentos materialistas que pretenden demostrar cómo todo lo que se considera mental o espiritual está en realidad ligado necesariamente al cuerpo físico. La memoria, la imaginación y todas las demás facultades mentales son posibles gracias al cerebro y no existirían sin él. El motivo del capítulo es el lado interno y externo del ser humano. Hay un lado exterior del ser humano, es decir, el cuerpo, pero también hay un lado interior, nuestra personalidad, con todas nuestras facultades mentales y éticas, que parecen ser algo espiritual o no físico. Esto representa un lado interior invisible. El argumento de Karlson es que los dos lados están necesariamente conectados, y es una ilusión pensar en el lado interior como algo libre e independiente del cuerpo físico. Ambos lados mueren juntos. Toda la experiencia humana demuestra que cuando el cuerpo muere, todas las cualidades espirituales o interiores también mueren. Por lo tanto, no hay pruebas científicamente comprobables de que alguna parte del ser humano sobreviva a la muerte.

El segundo argumento sugerido por el narrador es “la absoluta imposibilidad de averiguar el modo de vida de una existencia futura, o como diría el capellán, de ver en el mundo espiritual desde el sensual”²⁵. A instancias del narrador, Karlson pasa a elaborar esta refutación de la inmortalidad. Karlson argumenta que no hay pruebas de ninguna segunda esfera más allá de la física. La gente tiende a imaginar tales cosas basándose en su propia experiencia con este mundo, pero sólo se trata de vagas analogías, que no tienen confirmación en la realidad empírica²⁶. La inmortalidad humana, producto de la imaginación, no tiene ningún fundamento científico. La idea de seres espirituales que viven sin cuerpo eternamente después de la muerte se opone a todos los principios de la ciencia. Es imposible explicar cómo algo así podría ser siquiera vagamente coherente con una visión científica del mundo.

El narrador presenta un contraargumento a las posiciones de Karlson. En primer lugar, retoma el argumento reduccionista de que el alma es sólo el cerebro físico y, por tanto, muere con él. Razona que existe un segundo mundo, es decir, la esfera de la inmortalidad, que “ya está contenida en este primero físico”²⁷. El mundo de la inmortalidad no es una esfera trascendente, sino que existe aquí y ahora en la “Virtud, la Verdad y la Belleza”, que no puede ser explicada por el “bulto oscuro y sucio del mundo

²⁵ Jean Paul, *Das Kampaner Thal*, p. 84. (*The Campaner Thal*, p. 41.)

²⁶ *Ibíd.*, p. 88. (*The Campaner Thal*, p. 43.)

²⁷ *Ibíd.*

sensual”²⁸. La tríada de la virtud, la verdad y la belleza se repite como un mantra a lo largo del resto del texto. Son cosas en las que incluso el científico cree, pero no son entidades físicas. El narrador sostiene que lo mental y lo físico, o lo interno y lo externo, no son idénticos, o más bien que lo interno no puede reducirse simplemente a lo externo, como intentan hacer los materialistas. Da los siguientes ejemplos: “La pena no tiene ningún parecido con una lágrima, la vergüenza, ninguna con la sangre aprisionada en la mejilla, el mudo, ninguna con el champán, la idea de este valle, ninguna con su retrato en la retina”²⁹. Los materialistas intentan constantemente hacer reducciones de este tipo para demostrar que la esfera interior o mental no es más que la física. Pero la objeción es que estas cosas no son lo mismo. Nuestro sentimiento interior de tristeza y dolor puede expresarse mediante una lágrima, pero la experiencia de la misma es muy diferente del derramamiento físico de la lágrima. La lágrima no explica la tristeza y no es idéntica a ella. Del mismo modo, sabemos cómo se forman las imágenes mediante su impresión en nuestra retina, pero esto no explica en absoluto la idea completa de la cosa que tenemos en la mente y no parece tener nada que ver con la fisiología de nuestros ojos. La experiencia interior de estar enamorado no puede entenderse como las hormonas que liberan las glándulas de nuestro sistema endocrino. Por lo tanto, parece haber algo separado que trasciende el ser físico de nuestros cuerpos.

También se sugiere que el elemento interior, no físico, es la voluntad. Esto es lo que hace posible mover el cuerpo físico, aunque la voluntad en sí misma no es algo físico³⁰. Como argumento adicional, Wilhelmi utiliza el ejemplo de Sócrates como personaje moral. Si algo causara daños en el cerebro de Sócrates, esto no mitigaría el hecho de que fuera un personaje moral, aunque su comportamiento podría cambiar. Así pues, el carácter de ser moral es independiente del cuerpo físico. Esto se demuestra además por el hecho de que nuestros esfuerzos mentales son bastante diferentes de nuestros esfuerzos físicos y parecen generalmente estar separados de ellos. Aunque estemos físicamente muy cansados, por medio de nuestra voluntad podemos mover nuestro cuerpo. Así, el narrador, Wilhelmi y, en menor medida, el capellán, se empeñan en refutar la opinión de Karlson de que la inmortalidad es imposible. Con esto termina la estación 506.

La última estación es la 507, que es el capítulo más largo, y que representa la opinión del narrador, es decir, de Jean Paul, sobre la inmortalidad.

²⁸ *Ibíd.*, p. 88f. (*The Campaner Thal*, p. 43.)

²⁹ *Ibíd.*, p. 90. (*The Campaner Thal*, p. 44.)

³⁰ *Ibíd.*, p. 92. (*The Campaner Thal*, p. 44.)

En concreto, ofrece una serie de argumentos para contradecir la posición naturalista de Karlson. Una vez refutada la posición reduccionista y materialista, continúa retomando la segunda objeción presentada por Karlson, a saber, la falta de pruebas de otro mundo más allá del empírico que conocemos. Se admite que cuanto más aprendemos sobre las ciencias naturales, más imposible parece que haya alguna razón para creer en la continuación de alguna vida o existencia después de la muerte en algún otro lugar. Según el punto de vista científico moderno, es decir, “las crecientes pruebas y aparatos de la química y la fisiología”, la muerte es la aniquilación completa, y no hay forma de escapar a ella³¹.

Jean Paul aborda el segundo argumento de Karlson con una especie de agnosticismo. Es cierto que no tenemos conocimiento ni experiencia de otro mundo en el que habitan las almas muertas, pero esto no excluye la posibilidad de que ese mundo siga existiendo³². No podemos imaginar o representar claramente un mundo así, pero no hay nada malo en ello. Hay muchos casos en los que creemos en cosas que no vemos inmediatamente. Cuando vemos una montaña que desciende al mar, suponemos que continúa bajo el agua, aunque no veamos esa parte directamente. Se podría argumentar en favor de Jean Paul que incluso la ciencia hace suposiciones sobre cosas que no puede observar empíricamente, por ejemplo, los agujeros negros o la materia oscura. Sin embargo, la objeción aquí es obvia: tales entidades pueden ser observadas indirectamente por sus efectos en las cosas que pueden ser observadas. Además, están completamente en armonía con las leyes de la física y la evidencia empírica, en contraste con la idea de las almas inmortales.

Wilhelmi y Nadine proponen un punto de vista que era bien conocido en la época, a saber, que otros planetas estaban habitados por las almas de los muertos. Esto parecía en cierto modo lógico, dado que la ciencia había postulado que existían presumiblemente otros planetas habitables en órbita alrededor de otras estrellas. Dado que no vemos almas muertas aquí en la Tierra, ¿no será que simplemente han emigrado a uno de esos otros planetas? Wilhelmi y Nadine establecen analogías con fenómenos naturales bien conocidos en el mundo para dar una base científica a sus opiniones: “Nadine dijo: “Un día me imaginé así a los habitantes de un limonero. El gusano de la hoja puede creer que está en la tierra verde, el segundo gusano del brote blanco está en la luna, y el del limón cree estar en el sol”³³. Los

³¹ *Ibíd.*, p. 102. (*The Campaner Thal*, p. 49.)

³² *Ibíd.*, pp. 105f. (*The Campaner Thal*, p. 51.)

³³ *Ibíd.*, p. 107. (*The Campaner Thal*, p. 52.)

gusanos de una parte del árbol no pueden imaginar que haya vida en las otras partes, ya que éstas están muy lejos y sus entornos parecen muy diferentes. Así también, por analogía, podría haber planetas habitados con otros seres humanos que desconocemos simplemente por su gran distancia a nosotros.

No hay nada que objetar a esto en sí mismo, pero se observará que esto no es, estrictamente hablando, un argumento a favor de la inmortalidad. Se necesita un argumento adicional para explicar cómo los habitantes del segundo mundo son en realidad las almas fallecidas del primero. ¿Cómo, después de la muerte, podrían las almas volar milagrosamente a otro planeta donde vivirían una nueva existencia? Karlson señala que, si uno estuviera muerto, necesitaría un nuevo cuerpo para ser transportado a otro planeta. ¿Cómo podrían los muertos recibir un nuevo cuerpo para su viaje y nueva vida? A esto, el narrador Jean Paul sólo puede responder que esto debe ser un milagro, al igual que el primer cuerpo de uno puede ser considerado como un milagro³⁴. El nuevo cuerpo tendría que ser uno adaptado a las condiciones químicas y atmosféricas del planeta anfitrión, por lo que habría una variación entre los seres humanos como la que existe en la Tierra entre los pueblos que viven, por ejemplo, en climas muy cálidos o muy fríos.

Karlson señala que, si es cierto que los otros planetas están habitados, tendrán sus propios habitantes y no serán el hogar de almas muertas migrantes de la Tierra. El narrador Jean Paul está de acuerdo en que esto no puede ser un argumento satisfactorio para la inmortalidad. Aunque es posible que el universo esté repleto de vida en diferentes planetas, esto no tiene nada que ver con la idea de una vida continuada después de la muerte para los humanos en la tierra.

IV. *El argumento de la inmortalidad de Jean Paul y la conversión de Karlson*

A continuación, Jean Paul expone sus argumentos más sólidos a favor de la inmortalidad. Cree que es un error concebir la inmortalidad como algo que se encuentra en otro lugar físico, como el cielo o en otro planeta. En cambio, tenemos las semillas de la inmortalidad ya dentro de nosotros como seres vivos. Antes distinguió entre el mundo interior y el exterior. Mientras que el mundo exterior es simplemente nuestro cuerpo físico, también tenemos una vida interior que no puede reducirse a nuestros cuerpos. Continuando con la discusión anterior, vuelve a hablar de tres elementos clave de

³⁴ *Ibíd.*, p. 106. (*The Campaner Thal*, p. 51.)

nuestro mundo interior: la virtud, la verdad y la belleza³⁵. Se trata de tres elementos que están completamente separados de nuestro ser físico y no pueden ser explicados por él. Se suele pensar que desarrollamos estas cosas en nuestro carácter a medida que crecemos y nos educamos. Pero esto es erróneo, afirma; en lugar de crearlas nosotros mismos, ya existen en nosotros, y “simplemente las reconocemos”³⁶. Esto se parece a la doctrina de Sócrates de que el aprendizaje no es más que el recuerdo de lo que sabemos de vidas pasadas. Para Jean Paul, son pruebas de que poseemos algo superior al cuerpo físico y que perdura cuando éste perece. Así, el segundo mundo de la inmortalidad no es otro lugar físico fuera de nosotros, sino que está dentro de nosotros todo el tiempo. Siempre existe en cada ser humano y es la parte de nosotros que perdura cuando nuestro cuerpo físico muere. El malentendido radica en cómo los filósofos han entendido este mundo interior como algo que creamos o que surge por socialización. Por el contrario, es algo que se implanta en nosotros al nacer y que asegura nuestra existencia continuada. La virtud, la verdad y la belleza se extienden más allá del cuerpo físico y apuntan a una esfera más elevada y noble de la existencia humana, donde los seres humanos se elevan por encima de la naturaleza.

Wilhelmi plantea la objeción de que estas cosas bien podrían haber sido implantadas en nosotros “para el disfrute y la conservación de la vida presente”³⁷. Jean Paul rechaza rápidamente esta objeción señalando que esto significaría que estas nobles cualidades estarían subordinadas a nuestras bajas inclinaciones y deseos físicos y servirían como medio para ellos. Sólo cuando se satisfacen nuestros deseos físicos, los humanos anhelan algo más elevado, por ejemplo, la virtud, la verdad y la belleza. Así que hay una diferencia cualitativa entre las necesidades físicas de nuestro cuerpo y nuestro lado intelectual o espiritual. Debido al hecho de que reconocemos estas cosas dentro de nosotros mismos, nos damos cuenta de que tenemos una naturaleza inmortal que es diferente de nuestro cuerpo físico. Como somos inmortales o tenemos elementos inmortales, no estamos del todo en el mundo en el que nacemos. Pertenece a un lugar más elevado y, por tanto, tenemos una sensación de alienación con el mundo que vemos a nuestro alrededor. Jean Paul concluye el argumento de la siguiente manera: “somos inmortales, y... el segundo mundo que hay en nosotros exige y prueba un segundo mundo más allá de nosotros”³⁸. El mundo de la virtud, la belleza

³⁵ *Ibíd.*, p. 110. (*The Campaner Thal*, p. 53.)

³⁶ *Ibíd.*, p. 111. (*The Campaner Thal*, p. 53.)

³⁷ *Ibíd.*, p. 114. (*The Campaner Thal*, p. 55.)

³⁸ *Ibíd.*, p. 119. (*The Campaner Thal*, p. 57.)

y la verdad que encontramos en nuestro interior implica que debe haber una esfera inmortal fuera de nosotros donde estas cosas existen, sin el peso de la esfera física.

Las dos hermanas Nadine y Gione se sienten conmovidas por el argumento a favor de la inmortalidad que da el narrador, lo cual no es sorprendente, ya que de todos modos creen en la inmortalidad. Pero se dan cuenta de que los argumentos de ida y vuelta no llevan a ninguna parte, y Karlson se mantiene firme en su posición. El debate parece haber llegado a un punto muerto. En esta situación, Nadine presenta a Jean Paul la carta de pésame que Karlson escribió a Wilhelmi al principio de la obra cuando creía que Gione había muerto. La presentación de la carta marca un cambio importante en la conversación. Hasta ahora la discusión abarcaba los conocidos argumentos a favor y en contra de la inmortalidad. Tenía el carácter de un debate filosófico erudito. Pero ahora, al presentar la carta, Nadine hace que la discusión pase de ser una cuestión académica aislada a una de profundo interés personal que implica un gran elemento emocional. Nadine conoce el amor de Karlson por Gione y utiliza la carta para recordarle su dolor por ella. Esto pone a Karlson en un estado de ánimo completamente diferente. Ahora ya no se trata de un árido debate académico, sino que le concierne íntimamente. Esto resulta ser la clave para convencer a Karlson de la importancia de creer en la inmortalidad.

Como ya se ha mencionado, la breve nota se titula “Dolor sin esperanza”. Cuando Karlson escribió este texto estaba afligido por Gione, a quien amaba, pero no puede albergar ninguna esperanza de volver a verla, ya que no cree en la inmortalidad y está convencido de que con la muerte los seres humanos se encuentran con la destrucción total y definitiva. En la nota, Karlson contrasta su punto de vista con el de Nadine, que comparte su dolor, pero alberga una esperanza en la inmortalidad. Escribe,

La sangre humana pinta la figura fluida llamada hombre en el monumento, como el aceite sobre el mármol forma los bosques; la muerte borra al hombre, y deja la piedra. ¡Oh Gione! Tendría algún consuelo, si no estuvieras más que lejos de todos nosotros, en un bosque nublado, en una cueva de la Tierra, o en el mundo más lejano del espacio. Pero te has ido, tu alma ha muerto, no sólo tu vida y tu cuerpo³⁹.

Karlson tiene dificultades para conciliar su conocimiento científico con su profundo deseo de que haya una vida después de la muerte al menos para su amada Gione. Por el contrario, la hermana de Gione, Nadine, aunque

³⁹ *Ibíd.*, p. 125. (*The Campaner Thal*, pp. 59f.)

también está triste, al menos puede consolarse creyendo que Gione continúa en alguna existencia postmortem. La cuestión es que la visión del mundo de Karlson no le ofrece ninguna forma de consuelo: “Pero yo, Gione, estoy junto a tus ruinas con un dolor no aliviado, con un alma no destruida; y afligido, pienso en ti hasta que también me disuelvo. ¡Y mi dolor es noble y profundo porque no tengo esperanza!”⁴⁰

La carta de Karlson subraya la división entre el lado intelectual y el emocional del ser humano. El científico Karlson no tiene ningún problema en negar la idea de la inmortalidad desde un punto de vista intelectual. Pero cuando su propio amor, Gione, parece morir, su lado emocional queda completamente vulnerable y sin recursos para afrontar la situación. Una vida sin esperanza parece insostenible. Al presentar la carta, Nadine confronta a Karlson directamente con las consecuencias nihilistas de su punto de vista para mostrar que nadie puede vivir de buena fe sin la creencia en la inmortalidad. El narrador, Jean Paul, está aterrizado al ser testigo de la condición de Karlson: “qué horrible y temible me pareció la nieve eterna de la muerte aniquiladora, colocada al lado de la noble forma que debía cubrir; qué espantoso el pensamiento”⁴¹. La sola idea de que la maravillosa Gione sea aniquilada para siempre es demasiado incluso para imaginarla. Se pregunta si alguien puede creer realmente en esto como afirma Karlson. El narrador conjuga una serie de poderosas imágenes que sugieren el sinsentido de la existencia humana si todo está destinado a la destrucción:

Pero que el incrédulo de la inmortalidad imagine una vida de sesenta minutos en lugar de sesenta años, y que pruebe si puede soportar ver a los hombres amados, nobles o sabios sólo como fantasmas aéreos sin rumbo, de una hora de duración, sombras huecas y delgadas que vuelan hacia la luz y se consumen en ella, y que, sin camino, ni rastro, ni objetivo, después de un corto vuelo, se disuelven en su antigua noche. No; incluso sobre él se cierne una suposición de inmortalidad⁴².

Ni siquiera el científico ateo más acérrimo puede mantener este punto de vista de forma coherente. Jean Paul señala la visión sobria, científica y racionalista y sugiere que ésta ignora el importante lado emocional del ser humano, que también debe ser reconocido: “todos los argumentos se poetizan en sentimientos”⁴³. De hecho, esto resulta ser la clave del argumento de Jean

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 126. (*The Campaner Thal*, p. 60.)

⁴¹ *Ibíd.*, p. 127. (*The Campaner Thal*, p. 60.)

⁴² *Ibíd.*, pp. 127f. (*The Campaner Thal*, pp. 60f.)

⁴³ *Ibíd.*, p. 228. (*The Campaner Thal*, p. 61.)

Paul a favor de la inmortalidad que provoca la conversión de Karlson. Mientras que los pensadores abstractos, como los seguidores de Kant, se centran en insulsos “argumentos de palabras”⁴⁴ descuidan por completo sus propios sentimientos, que en casos como la muerte y el sufrimiento son mucho más profundos que la argumentación lógica abstracta.

Jean Paul invoca otra poderosa imagen sobre el fin de la tierra al ser consumida por el sol:

Y cuando al fin, después de mil, mil años, nuestra tierra sea secada por el calor del sol, y se silencie todo sonido vivo en su superficie, ¿mirará un espíritu inmortal el globo silencioso, y contemplando el coche fúnebre vacío que avanza lentamente, dirá: “Allí el cementerio de la humanidad vuela hacia el cráter del sol; en ese montón ardiente muchas sombras, y soñadores, y figuras de cera, han llorado y sangrado, pero ahora todos están fundidos y consumidos: Vuela hacia el sol, que también te disolverá a ti, desierto silencioso con tus lágrimas tragadas, con tu sangre seca”. No, el gusano aplastado se atreve a elevarse a su Creador, y decir: “No puedes haberme hecho sólo para sufrir.”⁴⁵

Karlson se opone a esto preguntando con qué derecho el gusano, es decir, los seres humanos pueden plantear tal cuestión. La respuesta que da Gione es que Dios mismo nos da el derecho a hacerlo, ya que nos creó con un propósito. Pero esta respuesta es evidentemente una pregunta que se hace, ya que presupone una cosmovisión cristiana o teísta que incluye una concepción de la inmortalidad y del sentido, que es precisamente lo que está en cuestión.

Jean Paul hace un último y apasionado alegato a Karlson volviendo a las dos dificultades que se han discutido anteriormente: 1) la falta de pruebas para explicar nuestra existencia continuada aparte del cuerpo y 2) la falta de pruebas de un segundo mundo o esfera de existencia donde habitan las almas muertas. Con ello parece reconocer que las respuestas anteriores a estas dificultades eran inadecuadas. Se pregunta,

¿Acaso dos dificultades, basadas también en la necesaria ignorancia del hombre, son suficientes para derribar una creencia, que explica mil dificultades mayores, sin las cuales nuestra existencia carece de objetivo, nuestros sufrimientos no tienen explicación, y la santa Trinidad en nuestro pecho tres furias, y tres terribles contradicciones?⁴⁶

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 127. (*The Campaner Thal*, p. 60.)

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 129f. (*The Campaner Thal*, p. 61.)

⁴⁶ *Ibíd.*, pp. 133f. (*The Campaner Thal*, p. 63.)

La idea parece ser que la noción de inmortalidad resuelve tantos otros problemas para la propia visión del mundo en general que sería absurdo abandonarla por la preocupación de los problemas mucho más pequeños planteados por las dos objeciones contra ella. La “santa Trinidad” alude a la virtud, la verdad y la belleza, que la ciencia no puede explicar mediante objetos físicos. Así que lo mejor, en aras de la coherencia, es suponer la inmortalidad, para que los demás elementos de la visión del mundo encajen. Esto es legítimo, ya que es imposible que el ser humano lo sepa todo y, de todos modos, hay que hacer algunas suposiciones. Esto suena muy similar al argumento de Kant con los postulados de la razón práctica, a pesar de que su enfoque fue descartado anteriormente. La afirmación de Jean Paul es que es absurdo creer que “no puede haber ninguna meta ni ningún objeto en todo el universo espiritual”⁴⁷. Esta es, sin embargo, la visión nihilista de Karlson, según la cual el mundo no está en armonía, sino que representa una “discordia eternamente discordante”⁴⁸.

A estas alturas de la narración, casi todos los interlocutores están emocionados hasta las lágrimas. La bella Gione, que alberga su amor secreto por Karlson, se acerca a él y le coge de la mano, diciendo: “Eres el único entre nosotros que está atormentado por esta melancólica creencia, –¡y mereces tener una tan bella!”⁴⁹ Esto es demasiado para Karlson y finalmente capitula, abandonando su visión científica de la mortalidad humana:

Esta palabra de amor oculto dominó su corazón largamente lleno, y dos gotas ardientes cayeron de los ojos cegados, y el sol doró las santas lágrimas, y dijo, mirando hacia las montañas: “No puedo soportar más aniquilación que la mía, –todo mi corazón es de tu opinión, y mi cabeza debe seguirla lentamente”⁵⁰.

Deja que su razón (“mi cabeza”) ceda ante su profunda emoción (“todo mi corazón”). Karlson, que antes tenía “los ojos cegados”, puede ahora ver la verdad. Con ello, el debate termina finalmente con la victoria de los defensores de la inmortalidad, aunque sus detalles concretos siguen siendo imprecisos. La clave es el amor de Karlson por Gione, que es más poderoso que su disposición científica racional. En circunstancias normales, es de suponer que se habría adherido firmemente a este punto de vista científico. Pero su reciente y emotiva experiencia de haber sido informado por error

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 136. (*The Campaner Thal*, p. 64.)

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 137. (*The Campaner Thal*, p. 65.)

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 138. (*The Campaner Thal*, p. 65.)

⁵⁰ *Ibíd.*, pp. 138f. (*The Campaner Thal*, p. 65.)

de la muerte de Gione produjo una gran confusión interna en su corazón. A pesar de su razón científica, no se atreve a creer que su querida Gione, ahora feliz y sana, vaya a morir de verdad un día y no sobreviva nada de ella. La apelación a las emociones, en contraste con la razón estéril, tiene un sentido real. Jean Paul cree claramente que la razón por sí sola puede ser engañosa. Su objetivo es hacer que la inmortalidad sea persuasiva para la gente de una manera que la filosofía, por ejemplo, en forma de razonamiento kantiano, no podría. La apelación a la emoción humana, según él, puede hacerlo. Las emociones pueden entenderse como una especie de argumento, aunque la ciencia haga lo posible por excluirlas de toda discusión para mantener la pretensión de objetividad.

Jean Paul parece no advertir la incoherencia del argumento entre el valor trascendente de la verdad y la voluntad de cambiarla por necesidad emocional. Junto con la virtud y la belleza, la verdad era una de las características trascendentes que se enumeraban como prueba de un lado inmortal del ser humano. Esto sugiere que la verdad tiene una posición inamovible y sagrada en la vida humana. Sin embargo, con el argumento que se da en última instancia, Karlson se ve obligado a renunciar a lo que sabe que es verdad en aras de lo que es, en efecto, una necesidad emocional. Pero, por supuesto, para el científico algo es cierto independientemente de lo que podamos sentir al respecto. No podemos cambiar la verdad simplemente por nuestros deseos personales. Las verdades de las matemáticas y la geometría son lo que son, independientemente de que pensemos que son buenas o malas, interesantes o aburridas, molestas o emocionalmente satisfactorias. Así, si Karlson está seguro de que la doctrina de la aniquilación está respaldada por las mejores pruebas científicas, le parecería contradictorio renunciar a ella simplemente porque no le gusta la idea y no se ajusta a sus compromisos emocionales. En la ciencia los dos puntos de vista deben mantenerse estrictamente separados: lo que es el caso, basado en la evidencia científica, y lo que pensamos personalmente sobre esto. En el momento en que estas dos perspectivas se mezclan, la ciencia queda comprometida. Por supuesto, no cabe duda de que tenemos un gran interés en cosas como nuestra mortalidad, pero esto sólo significa que debemos ser doblemente cautelosos para no dejar que esto interfiera en nuestra evaluación científica del asunto.

Hay una larga descripción de la belleza de la naturaleza, con la implicación de que es un sistema maravilloso y armonioso en el que los seres humanos están en casa. Dios ha creado estas maravillas para nosotros, y la inmortalidad humana es una parte natural de ello. Conmovidos por la discusión anterior, el narrador y los demás experimentan una especie de éxtasis al contemplar las maravillas de la naturaleza que les permiten vislumbrar la

vida inmortal. El narrador informa a su amigo Víctor: “en ese momento fue con cada una de nuestras almas embelesadas como si de su corazón oprimido se hubiera desprendido la carga de la tierra; como si de los brazos de su madre, la tierra nos diera, madurada en los brazos paternos del espíritu infinito; ¡como si nuestra pequeña vida hubiera terminado! Para nosotros mismos, parecíamos los inmortales, los exaltados”⁵¹.

Este éxtasis también está representado por su viaje en dos globos aerostáticos que flotan en el valle. El viaje en el aire es una especie de anticipo de la muerte y la inmortalidad, ya que el alma asciende sin esfuerzo, despidiéndose de su existencia mundana. Primero, Gione asciende sola, y luego el narrador, Jean Paul, realiza el viaje en el aire con Nadine. Al abandonar la tierra y la esfera material, se hacen una idea de la vida inmortal sin cuerpo. Flotan por encima de las casas y las montañas y parecen tocar la luna y las estrellas. Esta sensación de euforia y arrebató parece servir como una especie de confirmación de la verdad de la conclusión de su discusión. La inmortalidad existe realmente, y es posible que las almas humanas se aparten de sus cuerpos y de la esfera mundana. Cuando el narrador, Jean Paul y Nadine vuelven a tierra, ambos están tan conmovidos que apenas pueden hablar.

Este relato de la ascensión en los globos aerostáticos como anticipo de la otra vida representa la contrapartida o el final del libro correspondiente a la escena de los amigos reunidos felizmente en la cueva parecida al Elíseo al principio de la obra. Ambos relatos se presentan como una especie de experiencia extática. Esto desempeña un papel en el argumento de Jean Paul. La idea es que Dios nos muestra la inmortalidad en las bellezas de este mundo. Se recordará que en su Introducción se describe el Valle de Campan como un lugar maravilloso y mágico, un trozo de lo divino en la tierra. No es necesario buscar argumentos académicos abstractos para probar la inmortalidad, ya que la evidencia está a nuestro alrededor si somos capaces de verla por lo que es. Podemos sentir la verdad de la inmortalidad en nosotros mismos cuando tenemos experiencias como las descritas aquí.

V. Argumentación filosófica y emoción

Es justo decir que Jean Paul luchó toda su vida con la cuestión de la inmortalidad y el sentido del universo. Su conocimiento de los avances más recientes de las ciencias naturales le impedía ignorar la sobria visión

⁵¹ *Ibíd.*, p. 141. (*The Campaner Thal*, p. 66.) Traducción ligeramente modificada.

naturalista del mundo que se hacía cada vez más popular en aquella época. Pero este panorama le aterrorizaba y estaba desesperado por encontrar algún modo, si no de demostrar la inmortalidad humana, al menos de hacerla plausible. Al final, su argumento no se apoya tanto en una base científica como en una psicológica. Para los seres humanos, la idea de nuestro lugar infinitesimal en el universo y nuestra completa aniquilación con la muerte es sencillamente demasiado difícil de soportar. Esta idea es tan molesta que es mejor recurrir a alguna visión más reconfortante que nos dé esperanza. Sin ella, nuestra vida se vuelve imposible. Aunque desde el punto de vista científico pueda parecer que somos seres finitos y sin sentido en un universo inmenso, esto no puede ser la última palabra.

Aunque Jean Paul quiere defender claramente la inmortalidad humana, tiene una gran visión de la cosmovisión científica que la niega. Por esta razón, es capaz de retratar esa visión de forma tan colorida. En *El valle de Campan* escribe con gran perspicacia,

En general, encuentro menos hombres de los que uno imagina que crean o niegan decididamente la existencia de un mundo futuro. Pocos se atreven a negarlo, pues para ellos esta vida perdería entonces toda unidad, forma, paz y esperanza; pocos se atreven a creerlo, pues se asustan de su propia purificación y de la destrucción de la tierra disminuida. La mayoría, según la prontitud de los sentimientos alternantes, vacila poéticamente entre ambas creencias⁵².

Esto capta muy bien el problema de la época. Muchas personas querían adoptar la nueva visión científica del mundo, pero también querían mantener ciertos elementos de la visión religiosa tradicional del mundo que les ofrecía comodidad. La lucha entre estas dos visiones era una lucha interna en muchos individuos.

Para Jean Paul, la amenaza del sinsentido del universo está estrechamente relacionada con la cuestión de la inmortalidad humana. Cree que, si los humanos no son inmortales, sino que simplemente perecen para siempre con la muerte, entonces el universo no tiene sentido ni propósito. No intenta esbozar de forma positiva cuál podría ser ese sentido, pero sea cual sea, tiene algo que ver con que la existencia humana continúe para siempre. Así, conserva esta parte de la imagen tradicional cristiana del cosmos, en la que los seres humanos ocupan un papel central y son, en cierto sentido, la razón misma de la existencia y el curso del universo. Sin los seres humanos, el

⁵² *Ibíd.*, p. 103. (*The Campaner Thal*, p. 50.)

universo sería una cáscara muerta y vacía. Aquí la tríada de conceptos de Dios, el sentido y la inmortalidad están íntimamente relacionados.

La novela de Jean Paul tiene muchos puntos en común con Kierkegaard. No cree que la ciencia o la filosofía puedan dar la última palabra sobre las cuestiones clave de la vida, como Dios o la inmortalidad. Por el contrario, hay un elemento personal y emocional esencial en estas cuestiones que la ciencia no logra comprender. Con una estrategia kierkegaardiana de vanguardia, Jean Paul, en lugar de argumentar directamente a favor de la idea de la inmortalidad, lo que resulta infructuoso en la novela, pasa a una forma indirecta de comunicación con la historia de Karlson y Gione. No se trata, por supuesto, de un argumento en el sentido en que lo entienden la filosofía o la ciencia. En cambio, es un llamamiento al corazón de cada individuo que haya conocido alguna vez el sentimiento del amor.